

rar mucho. Cuando él se hubiese puesto bueno, ya reflexionaría ella.

Al otro día se pusieron las cosas peor aún. Perrine esperó á Ruperta y cuando la vió salir salió también para hacer la compra y para adquirir noticias, que la interesaban más que las provisiones, y así supo: Que Ascanio ya no estaba gravemente enfermo; que se había negado obstinadamente á ir al palacete y á contestar á las preguntas de Ruperta. Las dos comadres tuvieron que limitarse á hacer conjeturas. El caso era incomprensible para ellas.

Colomba no vaciló ni un segundo. En el acto dijo: «Lo sabe todo; se ha enterado de que dentro de tres meses debo casarme con el conde de Orbec, y no quiere volver á verme.»

Su primera intención fué agradecer á su enamorado semejante cólera, y sonreirse. No intentaremos explicar esta extraña alegría y nos limitaremos á consignarla. Luego, reflexionando en ello, reprochó á Ascanio que no hubiese adivinado que también á ella la desesperaba semejante enlace: «Me desprecia—decía para sí—. Estas alternativas impresiones de indignación ó de ternura eran muy peligrosas y ponían al descubierto aquel corazón, que hasta entonces no se había conocido á sí mismo. Colomba decía en voz alta que no quería volver á ver á Ascanio, pero en sus adentros le esperaba, deseosa de justificarse. La hacía sufrir su conciencia timorata, la hacía sufrir su amor desconocido.

Y no era éste el único amor de que no se hubiera enterado el discípulo de Cellini. Existía otro más poderoso, más impaciente de declararse, y que soñaba en secreto con la felicidad, como el odio sueña con la venganza.

La duquesa de Etampes no creía, no quería creer en la pasión profunda hacia Colomba que la había revelado Ascanio: «Un niño que no sabe lo que quiere; que se ha enamorado de la primera muchacha bonita á quien ha visto pasar; que ha encontrado desdenes en la tontuela vanidosa, y cuyo orgullo se ha excitado al tropezar con el obstáculo... ¡Oh! cuando sepa lo que es un amor verdadero, un amor ardiente y tenaz; cuando sepa que yo, la duquesa de Etampes, cuyos caprichos gobiernan un reino, le amo con toda mi alma... ¡Es necesario que lo sepa cuanto antes!»

Al vizconde de Marmagne y al preboste de París les hacía sufrir su odio, de la misma manera que Colomba y Ana sufrían por su amor. Ellos sentían mortal rencor contra Benvenuto, Marmagne sobre todo, porque el orfebre tenía la culpa de que una mujer le hubiese despreciado y humillado, y le obligaba á ser valiente, pues antes de la escena del palacio de Etampes, el vizconde hubiera podido hacer que sus esbirros asesinaran á Cellini; pero después de aquello era él quien se veía obligado á atacarle en su casa; este pensamiento hacía á Marmagne estremecerse de miedo y no es posible perdonar al que le demuestra á uno que es un cobarde.

Así, pues, todos padecían. La misma Scozzone, la locuela Scozzone ya no se reía, ya no cantaba y á menudo tenía los ojos enrojecidos de haber llorado. Benvenuto no la quería ya; Benvenuto estaba siempre indiferente y á veces brusco con ella. La po-

bre Scozzone había tenido siempre una idea fija una monomanía pudiera decirse: quería ser esposa de Benvenuto. Cuando por primera vez fué á su casa, sospechando que iba con otro objeto muy distinto del que motivó su visita, y el orfebre la trató como á una mujer honesta; la pobre muchacha se creyó redimida por aquel respeto y aquella honra inesperada que se le manifestaban, y experimentó sincero reconocimiento hacia su bienhechor, inocente orgullo al verse tan noblemente estimada. Luego, accediendo no ya á las órdenes, sino á las súplicas de Cellini, consintió alegremente en servirle de modelo, y al verse tantas veces reproducida y tantas veces admirada en bronce, en plata y oro, había llegado á atribuirse la mitad de los éxitos del artista, puesto que, después de todo, aquellas bellas formas tan elogiadas la pertenecían mucho más que al maestro. Se ruborizaba fácilmente cuando alababan á Benvenuto la pureza de líneas de tal ó cual estatua; se persuadía con mucha complacencia de que era indispensable para la fama de su amante, y había llegado á formar parte de su gloria como de su corazón.

¡Pobre criatura! No podía sospechar que jamás había sido para el artista ese alma secreta, esa divinidad oculta que todo creador invoca y de quien recibe la facultad de crear, y como porque Benvenuto copiaba sus actitudes y su gracia, creyó que él se lo debía todo, se atrevió á esperar que después de haber sido elevada de cortesana á amante, podría serlo de esta última categoría á la de esposa. Catalina no sabía disimular, y confesó claramente sus intenciones. Cellini la ovó muy serio y la contestó: «Ya veremos.»

Lo cierto es que él hubiera preferido volver al castillo de Sant'Angelo, aun á riesgo de romperse de nuevo una pierna al evadirse. No porque despreciara á la pobre Scozzone, á quien, al contrario, amaba sinceramente y hasta con celos, como hemos visto, sino porque adoraba ante todo el arte, y su su verdadera y legítima dama era la escultura. Además, una vez casado, ¿no podría ocurrir que el esposo entristeciera al alegre bohemio? Si hubiera tenido que casarse con todas sus modelos, hubiese sido bigamo y polígamo cientos de veces.

—Cuando deje de querer y de modelar á Scozzone—pensaba Benvenuto—, la buscaré un marido lo suficientemente corto de vista para no atisbar lo pasado ni lo porvenir; para no ver sino la linda mujer y la buena dote que la proporcionó. Así satisfaré esa ansia que tiene Scozzone de poseer un esposo.

Benvenuto estaba convencido de que lo que ambicionaba Catalina era un marido, sin importarle quién pudiera ser. Y mientras llegaba el momento oportuno, dejaba á la ambiciosilla que acariciase su ilusión. Pero desde que se instalaron en el palacio de Nesle, no le pudo caber duda alguna á la muchacha de lo que el porvenir la guardaba, viendo que ya no era tan necesaria para la vida ni para los trabajos de Benvenuto, como ella se lo había imaginado, y que no conseguía disipar con su buen humor la tristeza que nublaba la frente del maestro. Este había empezado á modelar una Hebe, para la cual no servía Scozzone de modelo. Además, ¡ho-

rrible cosa! la pobre criatura había intentado coquetear con Ascanio en presencia de Cellini, sin que el menor fruncimiento de cejas revelase la cólera ó los celos de éste. ¿Tendría que renunciar á tantos ensueños hermosos, y seguir siendo, como antes, una mujer humillada?

Por si el lector sintiese curiosidad de sondear las tinieblas del alma de Pagolo, diremos que éste no había estado nunca tan triste como desde hacía poco tiempo.

Podría creerse que el locuaz Santiago Aubry, nuestro antiguo conocido, hubiera escapado del contagio de la tristeza. No era así. También le había correspondido su parte de dolor. Simona, después de esperarle mucho tiempo el domingo de la toma del palacio de Nesle, regresó furiosa al domicilio conyugal y no quiso, bajo ningún pretexto, volver á recibir al impertinente curial. Este, para vengarse, dejó de ser cliente del marido de aquella; pero el marido de la caprichosa amante de Aubry manifestó al saberlo viva satisfacción, pues si bien era cierto que Santiago usaba pródigamente sus vestidos, excepción hecha de los bolsillos, no acostumbraba á pagar sus hechuras; y como la influencia de Simona no contrapesaba ya la falta de dinero, el egoísta sastre juzgó que el honor de vestir á Santiago Aubry no compensaba suficientemente la pérdida que suponía vestirle de balde.

De este modo se encontró nuestro pobre amigo abrumado por su viudez y por la falta de ropa. Gracias á que no era mozo capaz de dejarse consumir mucho tiempo por la melancolía, y encontró un consuelo encantador que se llamaba Gervasia. Pero Gervasia estaba erizada de todo género de prejuicios que á él le parecían muy ridículos; se le escapaba cuando creía tenerla más segura y le costaba un trabajo ímprobo convencerla. Santiago había llegado á perder el apetito y las ganas de beber; bien es cierto que su infame tabernero era primo del sastre marido de Simona, y no quería tampoco concederle crédito alguno.

Queda demostrado que todos aquellos cuyos nombres han sido pronunciados en las precedentes páginas, eran desgraciados: desde el rey, intranquilo por no saber si Carlos V querría ó no pasar por Francia, hasta las señoras Perrine y Ruperta, desoladas por no poder continuar sus charlas. Si comó el Júpiter antiguo tuvieran nuestros lectores el derecho y el poder de escuchar todas las lamentaciones y todos los deseos de los mortales, hubieran oído el coro siguiente:

Santiago Aubry:—¡Si dejara Gervasia de reirse de mí!

Scozzone:—¡Si Benvenuto sintiera celos un solo instante!

Pagolo:—¡Si Scozzone pudiera odiar al maestro! Marmagne:—¡Si tuviera la suerte de encontrar solo á Cellini!

La duquesa de Etampes:—¡Si supiera Ascanio que le amo!

Colomba:—¡Si le viera un minuto, un minuto aunque no fuera más, para poder justificarme!

Ascanio:—¡Si ella se justificara!

Benvenuto:—¡Si me atreviese, al menos, á confesarme á Ascanio!

Todos:—¡Ay de mí!

XV

LA ALEGRÍA NO ES MÁS QUE UN DOLOR
QUE CAMBIA DE SITIO

Todos estos votos con tanta efusión expresados debían ser cumplidos antes de terminar la semana; pero su éxito debía hacer á los que los habían formulado más desgraciados y entristecerlos más que antes. Es ley de la vida: toda alegría contiene el germen de algún dolor.

Por de pronto, Gervasia no se reía ya de Santiago Aubry en su propia cara; cambio, como recordarán nuestros lectores, que tanto había de seado el curial. Santiago Aubry había encontrado el medio de conquistar á la desenfadada joven. Este medio fué una preciosa sortija cincelada por el propio Benvenuto Cellini y que representaba dos manos unidas.

Conviene saber que, desde el día de la batalla, Santiago Aubry experimentaba sincera admiración hacia la franca y soberana energía del artista florentino. Cosa inaudita: ya no le interrumpía cuando hablaba; le miraba y le oía respetuosamente; nunca habían logrado sus profesores otro tanto. Admiraba sus obras con un entusiasmo, si no muy inteligente, al menos muy sincero y muy expresivo. Además, su lealtad, su valor y su buen humor agradaban mucho á Cellini. En el juego de pelota era lo suficientemente hábil para defenderse, aunque perdiera siempre; en la mesa podía competir con el orfebre, botella más ó menos; en una palabra, el artista y él habían llegado á ser los mejores amigos del mundo, y Cellini, generoso, porque sabía que su riqueza era inagotable, le había obligado á aceptar aquella sortija tan admirablemente cincelada, que á falta de manzana hubiera servido para tentar á Eva, y para sembrar la discordia en las bodas de Tetis y Peleo.

Al día siguiente de aquel en que la sortija pasó de las manos de Santiago Aubry á las de Gervasia, ésta volvió á su seriedad y el curial imaginó que ya le pertenecía. ¡Pobre iluso; él era quien pertenecía á Gervasia!

Scozzone, como lo deseaba, consiguió reanimar en el corazón de Benvenuto un chispazo de celos. He aquí cómo: Una tarde que sus coqueterías y sus amabilidades habían fracasado nuevamente ante la impasible seriedad del maestro, adoptó ella un gesto solemne y le dijo:

—¡Sabéis que parece que no hayáis vuelto á pensar en vuestros compromisos para conmigo?

—¿De qué compromisos hablas?—contestó Benvenuto mirando al techo como si esperara leer en él la explicación del reproche.

—¿No me habéis prometido cien veces que os casaríais conmigo?

—No me acuerdo.

—¿No os acordáis?

—No; me parece que sólo te he dicho que ya veríamos.

—¿Lo habéis visto ya?

—Sí.

—¿Y qué es lo que habéis visto?

—Que soy todavía demasiado joven para ser otra cosa que amante tuyo. Ya volveremos á hablar de esto más adelante.

—Pues sabed que ya no soy tan tonta que me contente con una promesa tan vaga, y me conforme y me resigno á esperaros toda la vida.

—Puedes hacer lo que quieras. Si tienes prisa, echa á andar.

—¿Pero qué inconveniente veis en el matrimonio? ¿En qué puede modificar vuestra existencia? Si nos casamos habréis hecho feliz á una pobre mujer que os ama, y eso será todo.

—¿Que en qué modificará mi vida?—dijo gravemente Cellini—. Mira: ¿ves esta luz cuya pálida llama alumbraba débilmente el amplio salón en que nos encontramos? Pues si coloco un apagador encima, la luz se apaga y quedamos á oscuras. El matrimonio es el apagador. Deja que arda la luz, Scozzone; odio la obscuridad.

—Comprendo—exclamó con volubilidad Scozzone prorrumpiendo en lágrimas—, tenéis un nombre demasiado ilustre para dárselo á una mujer insignificante que os ha dado su alma, su vida, cuanto tenía, cuanto podía dar; que está dispuesta á sufrirlo todo por vos; que no respira más que por vos; que os ama á vos solo...

—Ya lo sé, Scozzone, y te aseguro que te estoy muy reconocido.

—Que ha aceptado voluntariamente y ha procurado distraer cuanto le era posible vuestra soledad; que, sabiendo que sois celoso, no mira nunca las hermosas cabalgatas de arqueros y de soldados, y ha hecho siempre oídos sordos á las galanterías que le han dirigido, hasta aquí en vuestra propia casa.

—¿Aquí también?

—Aquí también, sabedlo.

—Supongo que no será ninguno de mis compañeros el que se ha atrevido á ultrajar á su maestro de ese modo.

—El que os digo se casaría conmigo si yo quisiera—repuso Scozzone, que atribuía á un recrudescimiento de su amor la expresión de cólera de Cellini.

—¿Habla, Scozzone! ¿Quién es el insolente? Supongo que no será Ascanio.

—El que es, me ha dicho más de cien veces: Catalina, el maestro os engaña; jamás se casará con vos, aunque sois tan buena y tan hermosa. Es demasiado orgulloso para eso. ¡Si os amara tanto como yo, ó si vos quisierais amarme tanto como á él..

—¡El nombre, dime el nombre de ese traidor!—exclamó Benvenuto, furioso.

—Yo no le he hecho caso; no le oía siquiera; todas sus amorosas palabras eran inútiles y siempre le amenazaba con decíroslo todo si reincidía. Yo no amaba á nadie más que á vos, y os amaba ciegamente; aunque no me creais, aunque aparen-

téis indiferencia, no por eso deja de ser verdad cuanto os digo.

—No te creo, Scozzone—replicó Benvenuto convencido de que si quería saber el nombre de su rival tenía que valerse de otros medios muy distintos de los que hasta entonces había empleado.

—¿Cómo! ¿No me creéis?

—No.

—¿Os figuráis que miento?

—Creo que te haces ilusiones.

—¿Acaso pensáis que no puede amarme nadie?

—No digo eso.

—¿Pero lo pensáis?

Benvenuto se sonrió al comprender que había encontrado el medio de hacer hablar á Catalina.

—Pues sin embargo, hay quien me quiere—dijo ella.

El orfebre hizo otro gesto de duda.

—Y quien me quiere mucho más de lo que vos me habéis querido nunca; mucho más de lo que vos me querréis nunca. ¿Lo oís bien?

Benvenuto se echó á reír y dijo:

—Me gustaría saber quién es ese lindo Medoro.

—No se llama Medoro.

—¿Pues cómo se llama? ¿Amadis?

—Tampoco se llama Amadis. Se llama...

—¿Galaor?

—Se llama Pagolo, ya que queréis saberlo.

—¡Ah, ah! ¿Es maese Pagolo?

—Sí; es maese Pagolo—repitió Scozzone mortificada por el tono despreciativo con que Cellini había pronunciado el nombre de su rival—. Un buen muchacho, de excelente familia, muy ordenado, poco alborotador, religioso, y que sería un excelente marido.

—¿Es esa tu opinión, Scozzone?

—Sí, esa es mi opinión.

—¿Y nunca le has dado esperanzas?

—Ni siquiera le he dado oídos. ¡Bien tonta era! Pero de aquí en adelante...

—Tienes razón; debes escucharle y responderle.

—¿Qué estáis diciendo?

—Digo que cuando te hable de amor debes oírle y no desanimarle. Lo demás corre de mi cuenta.

—Pero...

—Estate tranquila; tengo una idea.

—Supongo que no intentaréis castigar trágicamente á ese pobre muchacho que cuando dice «os amo» parece que se está confesando. Jugadle alguna buena pasada si queréis, pero no con vuestra espada. Os pido perdón para él.

—Quedarás satisfecha de la venganza, porque redundará en provecho tuyo.

—¿Cómo?

—Si; realizará uno de tus más ardientes deseos.

—¿Qué os proponéis?

—Ese es mi secreto.

—¿Si supierais qué cara pone cuando quiere decir ternezas!—dijo la alocada muchacha, que era incapaz de estar triste más de cinco minutos seguidos—. ¿De modo que aún os interesa que hagan el amor ó no á vuestra locuela? ¿De modo que aún queréis un poquito á la pobre Scozzone?

—Sí. Pero no dejes de obedecerme exactamente

en cuanto te diga acerca de Pagolo, y de seguir al pie de la letra las instrucciones que yo te dé.

—No tengáis cuidado; sé representar mi papel tan bien como cualquiera otra. Ya veréis qué poco tarda en decirme: «¿Y qué, Catalina? ¿Habéis de ser siempre cruel?» Yo responderé: «¿Cómo? ¿Todavía insistís, señor Pagolo?» Y se lo diré sin incomodarme y en un tono que le anime, de modo que suponga que ya no soy tan severa; y se creará el vencedor del mundo. ¿Y vos qué hareis? ¿Cuándo comenzaréis á vengaros? ¿Será la venganza muy larga y muy divertida? ¿Nos reiremos?

palpitante, y á diez pasos de sus dos valientes, cuando oyó decir á su lado:

—Ese debe ser algún caballero que va de conquista amorosa y lleva dos esbirros para luchar con el marido de su dama.

Marmagne se volvió creyendo que quien le hablaba sería alguno de sus amigos. Pero solo vió á un desconocido que seguía el mismo camino que él y á quien no había visto á causa de su preocupación.

—Apuesto á que he acertado, caballero—continuó el desconocido pasando del monólogo al diálogo.



Y sin darse cuenta ellos, sus labios se unieron en un beso.

[—Sí; nos reiremos mucho.

—¿Y vos me querréis siempre?

[—Benvenuto la dió un beso en la frente, es decir, la mejor de las respuestas, puesto que contestaba á todo sin contestar á nada. La pobre Scozzone no sospechó que aquel beso era el principio de la venganza de Cellini.

El vizconde de Marmagne encontró, como lo había deseado, solo á Benvenuto. He aquí cómo fué. Agujoneado por la cólera del preboste, excitado por el recuerdo de los desprecios de la duquesa de Etampes, y espolado, sobre todo, por su furiosa avaricia, el vizconde, resuelto á atacar con ayuda de sus dos esbirros al león en su antro, había escogido para esta empresa el día de San Eloy, patrón de la corporación de orfebres, y el momento en que el taller debía de estar desierto. Caminaba, pues, por el muelle con la cabeza alta, el corazón

go—. Apuesto mi bolsa contra la vuestra, aun sin saber lo que contiene, á que vais á alguna cita amorosa. No digáis nada; en asuntos de amores hay que ser discreto. Yo me llamo Santiago Aubry y voy á una cita que me ha dado mi amante, Gervasia Filipot, una hermosa muchacha de una virtud terrible, pero que, sin embargo, ha naufragado ante una sortija. Verdad es que la sortija era una joya, un trabajo maravilloso debido al cincel de Benvenuto Cellini, nada menos.

El vizconde de Marmagne, que hasta entonces no había prestado atención á las confidencias de su impertinente interlocutor y se había guardado muy bien en contestarle, levantó la cabeza al oír el nombre de Benvenuto Cellini.

—¿Cincelada por Benvenuto Cellini! ¿Ese es regalo regio!

—Ya comprendéis, querido barón... ¿Sois barón, conde, ó vizconde?

—Vizconde—dijo Marmagne mordiendo los labios, molestado por la impertinente familiaridad del curial, pero deseando ver si podía sacar algún partido de él.

—Ya comprendéis, querido vizconde, que yo no la habré comprado. Aunque soy artista, no empleo mi dinero en esas bagatelas. Me la ha dado el mismo Benvenuto, para manifestarme su agradecimiento por la ayuda que le presté el domingo último, cuando se apoderó del palacio de Nesle.

—¿Sois amigo de Cellini?

—Su más íntimo amigo, vizconde, y me envanezo de ello. ¿Le conocéis vos?

—Sí.

—Tiene un genio sublime. ¿Verdad amigo mío? Perdon; os he dicho «amigo mío» porque ese es mi modo de hablar. Según os decía, soy admirador, soy el confidente, el hermano del gran Benvenuto Cellini, y por consiguiente amigo de sus amigos y enemigos de sus enemigos; porque no le faltan enemigos á mi sublime orfebre: en primer lugar, la duquesa de Etampes; luego el preboste de París, un viejo pedante, y además un tal Marmagne, una estantigua á quien tal vez conozcáis y que dicen que quiere apoderarse del palacio de Nesle. ¡No sabe él lo bien que se le va á recibir!

—¿Está enterado Benvenuto de sus intenciones?—preguntó Marmagne, á quien cada vez interesaba más la conversación de Aubry.

—Sí, está enterado; pero no conviene decir nada, para que Marmagne reciba el castigo que merece.

—Por lo que veo, Benvenuto está prevenido.

—¿Prevenido? Lo está siempre. No sé cuántas veces han intentado asesinarle en su patria y siempre ha podido salvarse.

—¿A qué llamáis estar prevenido?

—No es que tenga una guarnición como ese viejo cobarde preboste; al contrario, siempre está solo á estas horas, pues los compañeros han ido á divertirse á Vanves. Yo debía haber ido á jugar con él un partido de pelota, pero me citó también mi Gervasia á la misma hora, y como podéis comprender he optado por ella.

—En ese caso iré yo en vuestro lugar.

—Si vais realizaréis una acción meritoria; id, querido vizconde, y decid á Benvenuto que esta noche iré á verle. Ya sabéis la seña: tres aldabonazos fuertes; hemos tenido que convenir en esta seña para evitar que ese atrevido vizconde le juegue una mala pasada. ¿Conocéis vos á Marmagne?

—No.

—Lo siento, porque hubiérais podido darme sus señas.

—¿Para qué?

—Para que si me lo encontrara pudiera proponerle que nos batiéramos á palos. No sé por qué, pero, sin haberle visto nunca, le odio con mis cinco sentidos. Os aseguro que si me cae entre manos le voy á dar una zurra como para él solo. Dispensadme; ya hemos llegado á los Agustinos y tengo que separarme de vos. ¡Ah, á propósito! ¿Cómo os llamáis?

El vizconde se fué como si no hubiera oído la pregunta.

—¡Hola, hola!—exclamó Aubry, viéndole alejarse; parece, querido vizconde, que deseamos guardar el incognito; eso sí que es pura caballerosidad, ó yo no se lo que me pesco. ¡Como queráis querido vizconde; como queráis!—Y Santiago Aubry con las manos en los bolsillos y contoneándose como de costumbre, encaminóse á la calle del *Battoir*, donde vivía Gervasia.

El vizconde de Marmagne continuó su camino hacia el palacio de Nesle.

Como había dicho Aubry, Benvenuto estaba solo; Ascanio había ido á entregarse á sus ensueños ignoramos dónde; Catalina había ido á visitar á una de sus amigas, acompañada de Ruperta, y los discípulos festejaban el día de San Eloy en Vanves. El maestro estaba en el jardín, modelando en barro una gigantesca estatua de Marte, cuya colosal cabeza se elevaba por encima de los tejados del palacio de Nesle y podía ser vista desde el Louvre, cuando Juan el aprendiz, que aquel día estaba de guardia á la puerta, engañado por la manera de Hamar de Marmagne, y creyendo que era un amigo, le dejó entrar en compañía de sus dos esbirros.

Si Benvenuto no trabajaba como Tiziano, con la coraza puesta, trabajaba al menos como Salvator Rosa, con la espada al cinto y el arcabuz al alcance de la mano. Marmagne vió, pues, que no había adelantado gran cosa sorprendiendo á Cellini, puesto que éste estaba apercebido. No por eso dejó de disfrazar de atrevimiento su cobardía, y cuando Cellini, con aquel tono imperativo que no admitía aplazamiento en las respuestas, le preguntó con qué intención se presentaba en su casa, el aliado de Estourville contestó:

—Nada tengo que ver con vos; me llamo el vizconde de Marmagne, soy secretario del rey, y traigo una orden de su majestad—añadió mostrando un papel—que me otorga la concesión de una parte del palacio de Nesle. Vengo á visitar, pues, el palacio, para encargar que arreglen á mi gusto la parte de él que me ha sido concedida, y en la cual pienso vivir en lo sucesivo.

Diciendo esto, Marmagne, seguido siempre por sus esbirros, echó á andar hacia la puerta del palacio. Benvenuto cogió su arcabuz, que como hemos dicho estaba siempre al alcance de su mano, y de un salto se puso en lo alto de la escalinata, y delante de la puerta.

—¡Alto ahí!—dijo con voz terrible al mismo tiempo que amenazaba con el arcabuz á Marmagne.—¡Si dais un paso más os mato!

El vizconde se paró instantáneamente. Aunque por los preliminares pudiera creerse que iba decidido á trabar un encarnizado combate, cuando oyó la terrible voz del orfebre y vió su gesto, comprendió que el arcabuz, la espada y el puñal de que estaba armado Cellini, eran su muerte. Por otra parte, Juan, comprendiendo que su amo estaba en peligro, había cogido una pica, dispuesto á defenderle. Marmagne se convenció de que había fracasado y de que podía considerarse feliz si lograba

salir sano y salvo del peligro en que se había metido.

—Esta bien, está bien, señor orfebre. Lo único que deseábamos era saber si estabais dispuesto ó no á obedecer las órdenes de su majestad. Vemos que desacatáis estas órdenes; que os resistís á cumplimentarlas, y acudiremos á quien os obligue á obedecer. No esperéis que os concedamos el honor de luchar con vos. ¡Buenas tardes!

—¡Buenas tardes!—contestó Benvenuto riéndose á carcajadas.— Juan, acompaña á estos señores.

El vizconde y los dos esbirros salieron vergonzosamente del palacio de Nesle, atemorizados por un hombre y despedidos por un niño. Tal fué el



Benvenuto cogió su arcabuz.

éxito que tuvo al cumplirse el deseo expresado por Marmagne con estas palabras: «¡Si yo pudiera encontrar solo á Benvenuto!»

Como en la realización de sus votos había sido engañado mucho más dolorosamente que Santiago Aubry y que Scozzone, que al menos no habían advertido la ironía del destino, el desdichado vizconde estaba furioso.

—La duquesa de Etampes tenía razón—pensaba—, no tengo más remedio que seguir el consejo que me dió: romper la espada y afilar el puñal. Este Benvenuto es terrible; he visto en sus ojos claramente que si daba un paso más era hombre muerto; pero no hay partida perdida que no tenga su desquite.

Quiso desahogar su furor con los dos esbirros, hombres de valor experimentado y que sólo deseaban ganar su dinero «honradamente», matando ó dejándose matar; pero reflexionó que al retirarse no habían hecho más que obedecer las órdenes de su amo. Los esbirros le prometieron ser más afortunados en la emboscada que iban á preparar contra Benvenuto, y Marmagne les anunció que no les acompañaría en la emboscada, de la cual habían de salir como pudieran. Esto era precisamente lo que los esbirros deseaban.

Luego de recomendarles el silencio acerca de lo ocurrido, se separó el vizconde de ellos y fué á ver al preboste para decirle que, en definitiva, había

juizado más seguro, para evitar todo género de sospechas, aplazar el castigo de Benvenuto hasta el día en que, siendo portador de alguna cantidad importante de dinero ó de alguna valiosa joya, lo que le ocurría frecuentemente, se aventurase por alguna calle desierta y apartada. De este modo todos creerían que Benvenuto había sido asesinado por unos ladrones para robarle.

Veamos ahora cómo se habían realizado los deseos de la duquesa de Etampes, de Ascanio y de Cellini.

XVI

UNA CORTE

Entretanto Ascanio había terminado el dibujo de la flor, y fuera por curiosidad ó por ese sentimiento que atrae á los desgraciados hacia aquellos que los compadecen, se apresuró á ir al palacio de Etampes. Eran las dos de la tarde, aproximadamente, hora en la cual la duquesa recibía en corte como una verdadera reina. Pero como en el Louvre respecto á Cellini, en el palacio de Etampes se habían dado órdenes con referencia á Ascanio, fué pues introducido en seguida y le hicieron pasar á una sala de espera mientras avisaban su llegada á la duquesa.

Esta se estremeció de alegría al pensar que Ascanio iba á verla en todo su esplendor, y dió en voz baja algunas instrucciones á Isabel, que era la que se había encargado de anunciarle la visita del joven. Fué, pues, Isabel en su busca, y cogiéndole por una mano, sin decirle palabra, le hizo atravesar un pasillo, levantó una colgadura y le empujó suavemente. Ascanio se encontró de pronto en el salón de recepción de la duquesa, y detrás del sitial de ésta, que adivinando la proximidad del joven, más por la impresión que recibió en todo su ser, que por el ruido que hizo la colgadura al moverse, le dió á besar la mano por encima de su hombro, que en la posición en que estaba Ascanio le rozaba materialmente los labios.

Rodeaba á la duquesa, como hemos dicho, una verdadera corte. A su derecha estaba sentado el duque de Medinasidonia, embajador de Carlos V; el señor de Montbrion, gobernador de Carlos de Orleans, segundo hijo del rey, estaba á su izquierda; los demás formaban círculo á sus pies. Con los principales personajes del reino, militares, hombres de Estado, magistrados, artistas, había algunos jefes del partido protestante, al cual favorecía en secreto la duquesa. Animaban la conversación toda clase de ingeniosidades y burlas contra Diana de Poitiers, amante del delfín y enemiga de la duquesa de Etampes. Pero ésta no tomaba parte en aquella campaña de censuras sino con algunas frases sueltas, como: «Vamos, vamos, señores; no maldigáis de Diana, que se va á incomodar Endimión»; ó esta otra: «Esa pobre Diana se casó el día que yo nací.»

Aparte estos rasgos con que ella esmaltaba la conversación general, sólo hablaba con sus vecinos de ambos lados, y lo hacía á media voz muy animadamente, pero no tan bajo que no la oyera Ascanio,

que estaba como perdido entre aquella brillante concurrencia.

—Sí, señor de Montbrión—decía confidencialmente la hermosa duquesa á su vecino de la izquierda—; tenemos que hacer de vuestro alumno un admirable príncipe; él es el verdadero rey del porvenir. Tengo grandes ambiciones para ese querido niño, y me ocupo en constituirle una soberanía independiente para el caso en que Dios se llevara á su padre. Enrique II será rey de Francia, no lo dudo; pero nuestro rey será un rey francés. Cederemos su hermano á la señora Diana y á la ciudad de París, y nos llevaremos con nuestro Carlos el alma de París. La corte estará donde yo esté, señor de Montbrión; tendremos con nosotros á los grandes pintores, como el Primaticcio; á los poetas inspirados, como Clemente Marot, que está en aquel rincón tan callado, prueba indudable de que desea decirnos algunos versos. Todos estos hombres son más vanidosos que interesados y más ávidos de gloria que de dinero, y no se irán con quien más les enriquezca, sino con quien más los elogie. Aquel en cuya corte brillen será el rey más grande, pues dan esplendor hasta á las aldeas donde habitan. Al delfín sólo le gustan los torneos; pues bien, le dejaremos las espadas y las lanzas y nos llevaremos las plumas y los pinceles. Perded cuidado, señor de Montbrión; no me dejaré vencer por Diana, reina en expectativa. Que espere ella su reinado del tiempo y de la casualidad, mientras yo preparo el mío. ¿Qué os parece el ducado de Milán? Allí no estaríais muy lejos de vuestros amigos de Ginebra; yo sé que las nuevas doctrinas de Alemania no os son indiferentes... Pero ya hablaremos de esto en otra ocasión y podré decirnos cosas que os sorprenderán. ¿Por qué protege Diana á los católicos? Lo que ella protege yo lo detesto sin poderlo remediar.

Hizo un gesto imperativo y terminó con una mirada profunda sus confidencias, que dejaron asombrado al gobernador de Carlos de Orleans, el cual quiso responder, sin conseguirlo, pues la duquesa se había vuelto hacia el duque de Medinasidonia.

Ya hemos dicho que Ascanio lo oía todo.

—¿Y qué, señor embajador?—preguntó la duquesa—. ¿Se decide el emperador, por fin, á atravesar por Francia? Lo cierto es que casi no puede hacer otra cosa. Si fuera por mar, su primo Enrique VIII procuraría apoderarse de él sin escrúpulos, y si escapara de los ingleses, caería en poder de los turcos; por tierra se opondrán á su paso los príncipes protestantes. ¿Qué hacer? Es forzoso pasar al través de Francia ó resignarse al sacrificio de renunciar al castigo de los ganeses, sus queridos compatriotas. Porque el emperador Carlos V es natural de Gante; bien claramente se ha visto en el poco respeto que guardó á la majestad real. Estos recuerdos son los que hoy le hacen tímido y circunspecto, señor duque. Lo comprendemos: teme que el rey de Francia venga al prisionero de España, y que el probable prisionero de París pague el rescate del cautivo de El Escorial. Puede estar tranquilo; si no conoce nuestra caballería lealtad, habrá oído hablar de ella al menos...

—Sin duda, señora duquesa—repuso el embajador—; conocemos la lealtad de Francisco I si se le deja disponer por sí mismo; pero tememos...

El duque interrumpió la frase.

—Teméis á los consejeros, ¿no es así? Ya, ya; me consta que un consejo dado por una linda loca, y que se presentara en forma ingeniosa, no podría por menos de influir en el ánimo del rey. A vos os corresponde, señor embajador, pensar en ello y tomar las precauciones necesarias, pues es seguro que tendréis plenos poderes, ó á lo menos alguna firma en blanco por encima de la cual se puedan escribir muchas cosas en pocas palabras. Ya sabemos cómo se hace eso, pues hemos estudiado la diplomacia. Yo llegué á pedir al rey que me nombrase embajador, porque tengo mucha afición á las negociaciones. Ya sé que le costaría mucho trabajo á Carlos V desprenderse de una parte de su imperio para rescatar su persona ó garantizar su inviolabilidad. Por otra parte, Flandes es uno de los más bellos florones de su corona; es toda la herencia de su abuela materna, María de Borgoña, y cuesta mucho renunciar de una plumada al patrimonio de sus antepasados, cuando este patrimonio, después de haber constituido un gran ducado, puede convertirse en una monarquía pequeña. ¡Pero, Dios mío! ¿De qué estoy hablando, yo, que tengo horror á la política, que dicen que afea á las mujeres? Reconozco que de cuando en cuando se me escapan algunas frases acerca de los asuntos de Estado; pero si su majestad insiste y quiere conocer á fondo lo que pienso, le suplico que me dispense el sacrificio, y á veces tomo el partido de escaparme para dejarle que piense á sus anchas. Vos, que sois un diplomático hábil, me diréis que esas frases, dichas así, sin intención, y no explicadas, son las que germinan en la imaginación de los hombres que son como el rey, y que esas frases que pudiera creerse que se las llevaba el aire, suelen ser más eficaces que los discursos largos que se oyen, pero no se escuchan. Es posible que estéis en lo cierto y que yo me equivoque, puesto que vos sabéis mil veces más que yo de todos estos asuntos graves, y yo soy una pobre mujer que sólo se ocupa en bagatelas y perifollos; pero no ignoráis que á veces el león puede necesitar el auxilio de la hormiga y que la barca puede salvar á sus tripulantes. Estamos en este mundo para entendernos, señor duque, y de entendernos es de lo único que se trata.

—Si vos quisierais, señora, pronto nos entenderíamos.

—El que da hoy, recibirá mañana—continuó la duquesa sin responder directamente—. Mi instinto de mujer me inclinará siempre á aconsejar á Francisco I acciones grandes y generosas; pero con frecuencia el instinto pugna con la razón. Hay que pensar también en el interés, en el interés de Francia, bien entendido. Pero yo confío en vos, señor de Medinasidonia; os pediré consejo, y en último término os diré que creo que el emperador hará bien en fiarse de la palabra del rey.

—Si estuviérais vos de nuestra parte, no vacilaría, señora.

—Señor Clemente Marot—dijo la duquesa, como si no hubiera oído la exclamación del embajador é interrumpiendo bruscamente el diálogo—, ¿no podéis recitarnos algún delicado madrigal ó algún soneto ingenioso?

—Señora—contestó el poeta—, madrigales y so-

netos son flores naturales que brotan á vuestro paso y al calor de vuestra mirada. Y sólo al contemplar vuestros lindos ojos se me ha ocurrido una décima.

—¿De veras? Ya os escuchamos. ¡Ah, señor preboste, bien venido seáis; perdonad que no os haya saludado antes! ¿Tenéis noticias de vuestro futuro yerno y buen amigo nuestro el conde de Orbec?

—Sí, señora—respondió Roberto de Estourville—; me ha escrito que tiene que anticipar su regreso y que muy pronto le tendremos aquí.

Un suspiro medio ahogado hizo estremecer á la duquesa de Etampes; pero sin volverse hacia aquel que lo había exhalado, dijo:

—Bien venido sea para todos. ¿Y vos, vizconde de Marmagne, habéis encontrado la funda de vuestro puñal?

—No, señora; pero estoy en la pista, y ya sé cómo y dónde podré encontrarla.

—Os deseo buena suerte, señor vizconde. ¿Queréis decirnos vuestros versos, maestro Clemente? Somos todo oídos.

El poeta recitó una ingeniosa décima, que era un delicado elogio de la duquesa de Etampes. Aplaudió ésta con las manos y sonrióse, como dando las gracias á Marot, y todos los circunstantes aplaudieron también. Luego se levantó la duquesa y todos la iniciaron. Aquella mujer tenía motivos para creerse la verdadera reina, y como si en efecto lo fuese, se despidió de sus contortulios con un gesto de soberana, al cual correspondieron aquéllos reverenciosamente al retirarse.

—¡Quedáos!—dijo ella en voz baja á Ascanio.

Ascanio obedeció. Y cuando hubieron desaparecido todos los cortesanos, se volvió la duquesa hacia el mancebo, no ya con la expresión altiva y desdeñosa de una reina, sino humilde como una mujer enamorada.

Ascanio, nacido en modesta esfera, educado lejos del mundo, en la humildad casi claustral del taller, desacostumbrado visitante de palacios, pues había ido á ellos muy raras veces y siempre acompañando á su maestro, estaba aturcido, deslumbrado, confuso con aquellas luces, aquel movimiento, aquella conversación. Había experimentado algo semejante á un vértigo al oír á la duquesa de Etampes hablar con tanta naturalidad, ó mejor dicho, con tanta coquetería de proyectos tan graves, y agrupar en una frase familiar los destinos de los reyes y la suerte de sus reinos. Aquella mujer, como la Providencia, distribuía á cada uno su parte de dolor y de alegría, y con la misma mano sacudía las cadenas y dejaba caer las coronas. Y aquella soberana, tan orgullosa con sus nobles aduladores, se acercaba á él, no sólo mirándole con toda la expresión de una mujer enamorada, sino humildemente, suplicante como una esclava temerosa. De pronto, de espectador sencillito se convertía en protagonista de la escena.

La duquesa había preparado y calculado hábilmente el efecto. Ascanio advirtió el imperio que aquella mujer adquiría sobre él á su pesar, dominando, no su corazón, sino su pensamiento, y como era un niño, sólo supo fingir frialdad é indiferencia para ocultar su turbación. Además, tal vez había visto pasar entre él y la duquesa, como una sombra, á su

casta Colomba con su ropaje blanco y su mirada luminosa.

XVII

AMOR APASIONADO

—Señora—dijo Ascanio—, me encargásteis un lirio, ¿os acordáis?; me ordenásteis que os trajera el dibujo en cuanto lo terminara, y como lo he acabado esta mañana, aquí os lo traigo.

—Tenemos tiempo para verlo, Ascanio—dijo la duquesa con voz y con sonrisa de sirena—. Sentáos y decidme: ¿Cómo estáis de vuestra herida?

—Ya estoy completamente curado, señora.

—Curado de la del hombro; pero ¿y de la que teníais aquí?—añadió Ana, poniendo su mano sobre el corazón del joven.

—Os suplico que olvidéis aquellas locuras con que os importuné.

—¿Qué aspecto de contrariado tenéis! ¡qué frente de tristeza! ¡qué voz más severa! Os aburrían todos aquellos hombres que había aquí hace poco, ¿verdad, Ascanio? A mí también; los odio, los aborrezco, pero les temo. Estaba deseando quedarme sola con vos, y ya veis qué pronto los he despedido.

—Es verdad, señora; me encontraba fuera de mi centro en tan noble compañía, porque no me era posible olvidar que sólo soy un pobre artista y que he venido únicamente para enseñaros el dibujo del lirio.

—Ahora lo veré, Ascanio—continuó la duquesa, moviendo la cabeza—. Os encuentro muy indiferente y muy taciturno. El otro día estuvisteis tan expresivo, tan agradable... ¿En qué consiste ese cambio? Tal vez os ha hablado de mí vuestro maestro, que no me puede ver. ¿Por qué le habéis hecho caso? Sed franco. ¿Habéis hablado de mí con él? ¿Os ha dicho que mi amistad era peligrosa y que podía seros funesta? ¿Os ha asegurado que os odiaba, tal vez?

—Me ha dicho que me amáis, señora—contestó Ascanio, mirando fijamente á la duquesa.

Esta permaneció callada un instante. Había deseado que Ascanio se enterara de su amor, pero quería que esto ocurriera en momento oportuno, disponiendo ella de tiempo para preparar la escena y para destruir poco á poco, y sin parecer interesada en ello, la pasión de Ascanio hacia Colomba. Ahora que la emboscada que preparaba había sido descubierta, se veía obligada á dar la batalla á plena luz, y se decidió á ello en un segundo.

—¡Pues bien, sí! ¡Te amo! ¿Es un crimen amarte? ¿Es siquiera una falta? ¿Crees que se puede mandar en el amor ó en el odio? Nunca hubieras sabido que yo te amaba, porque á nada conducía decírtelo desde el momento en que he sabido que amas á otra. Pero ese hombre te lo ha revelado todo, y ha hecho bien, Ascanio. En mí verás una adoración tan profunda, que no podrá por menos de conmoverte. Y ahora te digo que es preciso que me ames.

Ana de Etampes, mujer fuerte, desdeñosa por penetración, ambiciosa por aburrimiento, había tenido muchos amantes, pero no había estado enamorada nunca. Había seducido al rey; el almirante Brion la había sorprendido; el conde de Longueval la había